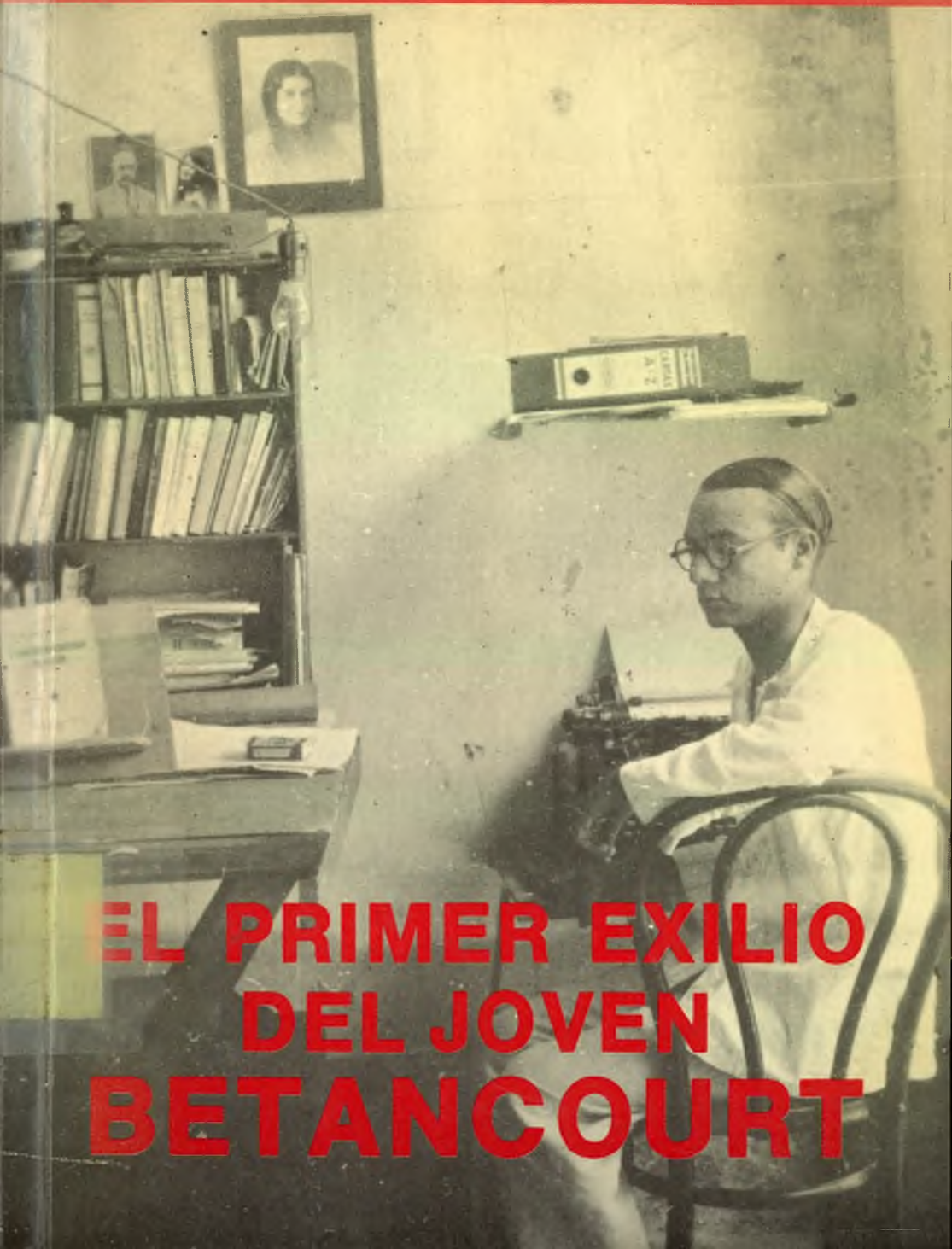


Eduardo Morales Gil

Prólogo: DAVID MORALES BELLO



**EL PRIMER EXILIO
DEL JOVEN
BETANCOURT**

© EDUARDO MORALES GIL
Impresores: AVILA ARTE, S.A.
EDICIONES CENTAURO
Caracas/Venezuela/1988
ISBN 980-263-086-1.

Eduardo Morales Gil

**EL PRIMER EXILIO
DEL JOVEN
BETANCOURT**

**Prólogo
DAVID MORALES BELLO**

**EDICIONES / 88
CENTAURO
Caracas / Venezuela**

DEDICATORIA

Para Luis Alfaro Ucero, Antonio Ríos, David Morales Bello, Carlos Canache Mata, Pedro París Montesinos, Alejandro Izaguirre, Isabel de Malavé Villalba y José Angel Agreda, en testimonio de mi permanente agradecimiento.

Para Luis Piñerúa Ordaz, conterráneo y amigo. Uno de los venezolanos que más ha influido, después de mi padre, (+) Eduardo Morales Carreño, en mi entrega al estudio del pensamiento de Betancourt.

Para Humberto Celli, Héctor Alonso López, Carlos Lee, Gabriel Peña Navas, Henry Ramos, Luis Emilio Rondón, Antonio Ledezma, Andrés Eloy Blanco, Domingo Alberto Rangel y Jorge Ramos, destacadas figuras de los cuadros emergentes de Acción Democrática; legatarios de la obra del joven Betancourt; compañeros de inquietudes y angustias por el porvenir de la patria. Diversas generaciones de relevo, pero una sola voluntad al servicio de las mejores causas de Venezuela.

Para Naudy Suárez, José Rodríguez Iturbe y Gehard Cartay, jóvenes amigos e intelectuales socialcristianos, de cuyo interés, aprecio ¡y hasta admiración! por la obra de Rámulo Betancourt, puedo dar testimonio.

AGRADECIMIENTO

Quiero manifestar, de forma expresa, mi profundo y sincero agradecimiento a las siguientes personas:

Dr. Reinaldo Leandro Mora, Presidente del Congreso de la República; **Dr. Germán Nava Carrillo**, Vice-ministro de Relaciones Exteriores y **Dr. Luis La Corte**, Embajador en Colombia, por la colaboración prestada para localizar en la hemeroteca de Bogotá los artículos publicados por el joven Betancourt en la prensa colombiana, durante su primer exilio.

Dr. Vladimir de la Cruz, decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Costa Rica; **Lic. Leonel Villalobos**, diputado a la Asamblea Legislativa (Congreso Nacional) de Costa Rica, y **Dr. Hernán Calcurián**, ministro consejero de la Embajada de Venezuela en Costa Rica, por sus diligencias para ayudarme a ubicar en la "sección de periódicos" de la Biblioteca Nacional de ese país, los escritos del joven Betancourt en la prensa "tica" de la época.

Dr. Guillermo Morón, Director de la Academia Nacional de la Historia, por el trato preferencial concedido a mis investigaciones en la sección hemerográfica de esa ilustre institución.

Lic. Martha Betancourt, directora de la Hemeroteca Nacional de Venezuela; **Lic. Javier González**, **Lic. Yajaira Avila** y **Lic. Elena Ramírez**, funcionarios de esa institución, por el apoyo desinteresado que brindaron a mi trabajo.

Al editor José Agustín Catalá, por el cariño y el interés especial puestos en la edición de este libro.

PROLOGO

David Morales Bello

Eduardo Morales Gil me ha discernido la especial distinción de confiarme el prólogo de esta obra suya sobre la egregia figura del insigne conductor civil que fue Rómulo Betancourt, reconocido como líder fundador de la democracia en nuestro país y valor sobresaliente entre los impulsores del pensamiento revolucionario en latinoamérica, que materializó en sí la rara conjunción de pensamiento y acción al servicio del ideal de libertad y, acunado en la entraña misma de su angustia, pasó a la historia como ejemplo y honra de la lucha a favor de la dignidad militante de nuestros pueblos.

Al hacerlo así, este joven y acucioso escritor venezolano, compañero además de lides partidistas y de inquietudes socio-políticas orientadas hacia la búsqueda del conocimiento, me ha honrado como aficionado que soy a la pedagogía y me ha facilitado singular oportunidad, que le agradezco, para testimoniar personal tributo a tan ilustre compatriota, en quien los venezolanos coincidimos en reconocer la personificación de los mayores esfuerzos constructivos para sustituir entre nosotros la noción caudillista y brutal de la búsqueda y ejercicio del poder por el concepto moderno, cívico y civilizado de la conducción de las masas hacia su propia y superadora liberación, constituyendo sin duda la figura del líder de mayor proximidad al pueblo venezolano y de más elevado grado de identificación con sus anhelos de progreso y de vida signada de positividad.

Reconocimiento causado por la entrega de Betancourt a la creatividad con sentido de pueblo, por su forma de hacer escuela valiéndose de su potencial intelectual convertido en insumo para el provecho de los demás y por su pasión por la siembra de conciencia democrática destinada a fortalecer los valores inmanentes de la nacionalidad. Haberes todos que explican las dimensiones continentales y más allá de su valía.

Esa cercanía de Rómulo Betancourt con su pueblo —nosotros mismos—, hace que al escribir sobre él nos sintamos incluidos en esa especie de transferencia psicológica que, por la vía de las secuencias emocionales y de los sentimientos, opera entre los creadores y el producto de su creatividad, experimentando la sensación de estar presentes en lo que señalamos como demostración de tangibilidad de cuanto hizo. Porque, aunque formado en la teoría política que estudió y asimiló en grado sumo desde su adolescencia, Betancourt no fomentó quimeras auspiciadas por su vuelo imaginativo sino que procedió a fundar, también desde muy joven, estructuras galvanizadas por propósitos perdurables, para ir prendiendo en ellas las posibilidades de permanencia derivadas del concurso prestado por los identificados con la causa promovida, emanándose de tal modo de proceder el indetenible crecimiento de las áreas abonadas para el cultivo y la conversión de los frutos alcanzados en impulso de la estructuración llamada a mantener en constante ritmo de rendimiento el mecanismo humanamente constituido.

Por todo esto, se explica en mucho que Rómulo Betancourt, además de personaje ilustre, se nos presente, a los efectos del estudio de su personalidad, como un líder de características seductoras.

La motivación de proximidad explica el sinnúmero de seguidores de este conductor social que trascendió los lindes partidistas y encontró solidarios aún entre no afines a su ubicación dentro del ámbito operativo. Muy posiblemente, lo ilimitado de su acción extendida a campos donde no funciona el sectarismo hizo posible que, ayudado por el tiempo, nuestro líder derribara fronteras ideológicas y

reuniera alrededor de su seductora personalidad el balance más completo que dirigente político alguno hubiera estructurado en lo que va de siglo XX entre nosotros. Amplia y apasionadamente discutido y combatido, Rómulo Betancourt tuvo en gracia presentarse a sí mismo aceptado y acatado por todos, sin haber hecho otra cosa que profundizar su propia obra y contribuir a consolidarla compartiéndola incluso con muchos que la repelieron cuando se negaban a asimilarla. El amor a su pueblo, sin tregua ni vacilaciones, llenó de fecundidad la reciedumbre de su vida y de sus actos. Y esto lo recoge y destaca maravillosamente Eduardo Morales Gil en su obra plena de visiones reales y acunada de imágenes subyugantes, al hacerse ductor del expresivo recuento historiado de ese pensamiento que, para no perderse en lo inaccesible, se convirtió en ardoroso movimiento y en acción masivamente compartida, sobreponiéndose al fragor de las pasiones y negándose a declinar ante el embate de las adversidades.

Siempre he creído que el problema esencial en la vida moral de todo hombre no confundido en la intrascendencia consiste en encontrar una razón íntima de su ser capaz de justificar su no rutinaria existencia. Rómulo Betancourt la precisó y exaltó en su sentido de fidelidad al pueblo, con el que siempre anduvo identificado, revigorizándose para la prosecución de la lucha en la confianza que mantuvo en la dignidad del ser humano, con el que amalgamó eslabones inseparables. Así lo destaca Morales Gil en esta obra contentiva de una cuidadosa selección de lo más denso del pensamiento político de su historiografiado en sus años de juventud.

Excepcionalmente documentado, el libro teje esmerado hilván entre hechos fundamentales surtidos de circunstancias que marcan oportuno acento explicativo. La trama aparece enmarcada en un derrotero cronológico que hace encomiable la magnitud del acopio, destacándose en el propósito del autor algo más que la finalidad de exaltar al personaje escogido, como es la presentación de su pensamiento dentro del marco de referencia de la época que le correspondió influir, y como es la proyección de su estructura moral e intelectual sometida a una ordenación racional atenta a la rara

virtud de la narrativa y de la exégesis animadas por la orientación pedagógica, que en el autor comporta mantenimiento de propósitos altamente plausibles.

Aquí está, en su humana dimensión, el Rómulo Betancourt cultivador de su intelecto, como generador de un pensamiento fecundo y bienhechor. El acierto del autor es el de la pincelada no desdibujante. Y eso tiene mucho mérito.

La autenticidad de Betancourt es una constante que palpita entre las páginas de este interesante libro, que no echa de menos las condiciones humanas que lo caracterizaron como pensador y conductor político. Esa autenticidad que imprime a determinados hombres su singular fisonomía y plasma con creces una personalidad diferenciada que permite la identidad en sus múltiples dimensiones vitales —con su tiempo, con el pueblo, con sus tradiciones, con su historia, con su cultura y, fundamentalmente, con los valores esenciales de la nacionalidad compartida— nos trasunta a un Betancourt asistido de un patriotismo invulnerable, sin límites en el tiempo y con un sentimiento de patria grande que lo libró de alienaciones degradantes.

Es la autenticidad constitutiva de la otra cara de la moneda impugnada por Ortega y Gasset al libelar, con su acerada prosa, a la política y a los políticos como artífices de la mendacidad, en ese mundo intrincado de verdad y perspectiva, en esa sorda lucha de verdad y mentira, cuando afirmó, con profundo estigma de impaciencia e irritación, que “la especie menos frecuente sobre la Tierra es la de los hombres veraces”.

Betancourt, como hombre veraz y como solícito buscador de la verdad se trazó una línea de conducta a la que sujetó, sin vaivenes, su propio acontecer, aprendiendo, desde muy temprana edad, a conjurar peligros, evadir emboscadas y superar escollos, observando una sola línea de conducta: el camino recto, sin atajos, en dramática conjugación de pensamiento y acción.

Las facetas concordantes de la vida de Rómulo Betancourt encontraron en su recia personalidad el eje asegurador de una conducta invariable. Se ató, de por siempre, al socio con la verdad, y esto constituyó el eslabón más inquebrantable de su cristalino periplo vital. Su veracidad fue real, natural, ni aprendida ni fingida. Aliado a ella asumió la ímproba tarea de construir un partido que sirviera para fomentar el pluralismo democrático en Venezuela, y, con tenacidad ejemplarizante, cumplió sus propósitos sin jamás caer en el apoltronamiento infecundo y desestimulante.

Su cultivo de la política como un arte excepcional orientado a la búsqueda de la felicidad colectiva lo condujo a muchos sacrificios, sin que se lo viera caer, en momento alguno, en el disfrute sensual del poder. Su culto por la rectitud lo armó del crisol ético de la intransigencia. Todo eso estuvo presente en su invariable amor a la patria, de la que dijo, en momento sublime, cuanto sigue:

“Las obras de los hombres, unas y otras, van quedando, sin embargo, como testimonio del común esfuerzo. Así también la patria. Quienes la fueron forjando pueden ser olvidados. Ella, sin embargo, permanece incólume”. (5.7.60).

Y el día de la Independencia, dos años después, reafirma ese fiel sentimiento de patria, desde el solio presidencial de Miraflores:

“La patria no es artificial creación humana, sino producto de la historia en la sucesiva labor de generaciones ligadas por un común destino” (5.7.62).

La fuerza de su recia personalidad la encontró en su pueblo, en las raíces de su identidad, aferrándose a ella como enemigo declarado de la impostura, de la mentira, de la simulación:

“El pueblo venezolano ha preferido siempre conocer no la mentira piadosa, ni la media verdad elusiva, sino la verdad cabal y escueta, directamente dicha, porque del conocimiento de ella extrae reservas de energía para afrontar, tramontar y vencer las dificultades” (13.2.59).

La riqueza historiográfica de esta obra de Morales Gil marca el claro perfil político del líder incorporado a la denominada generación del 28 y colocado a la cabeza de sus más sobresalientes integrantes, señalando la conversión de las actitudes jacobinas en acción fecunda de provecho colectivo.

En sus páginas se imprimen las huellas del transcurso que permite distinguir entre el hito romántico de la etapa juvenil y el perfil del estadista, adentrándose en las áreas que después dominaría como exitoso jefe del gobierno. Aquí está plasmada la materia prima del gobernante progresista y sensible que fue Rómulo Betancourt; su raíz formativa, su auto-fuente de poder, a los efectos de cuanto fue después, cuando hubo de llevar a la práctica el deslinde ideológico y la edificación institucional como sellos indelebles de una actuación que no acepta parangones entre nosotros.

El repúblico, el líder democrático que fue Rómulo Betancourt, aparece así de cuerpo entero, trazando su propia elipse, en binomio literario que incorpora al autor, en su papel de intérprete respetuoso de la originalidad vertida. Estamos frente a una obra veraz, como veraz fue el personaje que la motivó.

Rómulo Betancourt fue el producto de una época en la que no figuró por razones sentimentales sino en virtud de la búsqueda incesante que caracterizó su inquieta personalidad. Incorporado por naturaleza a la lucha ideológica mundial, supo situarse a tiempo en la posición de la que jamás desertaría, librándose de todo cerco alienante. Por la vía de la asimilación de sus lecturas selectivas, llegó temprano a la depuración y a la originalidad, dando a su proyecto político el "sentido de la realidad" que apunta Morales Gil como rasgo de una obra con raíces en la efervescencia del ideal juvenil y hermoseedada "en la novedosa prédica contra la injusticia", hasta adquirir contornos doctrinarios "con postura crítica".

Desde joven, el líder forjó en su mente una clara y bien definida noción de patria, concibiéndola en función de grandeza, para derivar de allí la conceptualización política de un liderazgo basado

en una sola contingencia: el bien común como esencia del orden social. De allí su apego al orden insobornable de la conducta pública, en rigurosa exigencia ética.

No concebía Rómulo Betancourt una patria al servicio de los intereses personales, elitescos o de secta, rechazando consecuentemente a cuantos han hecho de las suyas con lo integrante del patrimonio común. Entendió como un deber de “cruzada histórica” la lucha contra la deshonestidad administrativa, mostrándose inclemente con los peculadores de todos los signos. Es histórico su desvelo por sembrar hondamente en las prácticas de gobierno normas administrativas que impidieran el peculado y mal manejo del tesoro nacional: diseccionó en el más alejado pasado colonial para encontrar allí las raíces letales de los más ominosos vicios y maniobras inescrupulosas contra la cosa pública, y hundió sus ojos escrutadores en los viejos anaqueles de las bibliotecas para detectar referencias legales en los juicios de residencia seguidos durante la colonia para sancionar a los peculadores.

Desde Caraballeda, en septiembre de 1963, denuncia que “Venezuela ha sido una de las naciones de América, donde dictadores y déspotas se han enriquecido más —eludirlo sería ausencia de sentido histórico— y ello conforma un estado de conciencia agresivo contra el peculado y otras formas de utilizar la coyuntura del poder para el enriquecimiento personal”, siguiendo muy de cerca los pasos del Padre de la Patria, para quien “destrozar en los papeles públicos a los ladrones del Estado y hacer caer sobre estos delincuentes todo el desprecio de la sociedad y todo el rigor inexorable de la ley”, era ejercer “vigilancia activa del pueblo en el empleo de los recursos nacionales”.

Entre las muchas virtudes personales que elevaron la condición de hombre público presente en Betancourt sobresale su inclinación natural y dialéctica a la tarea intelectual de la comprensión de su pueblo, de su tiempo y de su espacio, siendo autor de una concepción original de la noción de pueblo, por su modernización y adaptación a las exigencias sociales de su época. Con sentido

futurista y premonitor, asumió posición crítica frente a una Venezuela abrupta y se pronunció por la búsqueda del desarrollo integral que sustituyera los rancios cartabones sociológicos y las posturas seguidistas de la economía calcada de modelos importados, hasta afirmar, con notorio énfasis, que:

...“es falaz y demagógica la tesis de que la calle es del pueblo. El pueblo en abstracto es una entelequia que usan y utilizan los demagogos de vocación o de profesión para justificar su empeño desarticulador del orden social. El pueblo en abstracto no existe. En las modernas sociedades organizadas, que ya superaron desde hace muchos siglos su estructura tribal, el pueblo son los partidos políticos, los sindicatos, los sectores económicos organizados, los gremios profesionales y universitarios”. (Mensaje anual 29-4-60).

En la obra de Morales Gil, de excepcional virtualidad narrativa del hecho histórico, se va desentrañando ese perfil del héroe civil en las andanzas de sus primeros tiempos, y el autor dota su obra de excepcional originalidad porque, a la par del relato sistemáticamente ordenado, siembra la fecunda interpretación en cada trozo de historia vivida y en cada acción cumplida, haciendo palpar de transida realidad el más pulcro testimonio. Es una suerte de biografía histórica sistematizada, que traza caminos de interpretación del hecho, cuyo intento exegetico colma, con mucho, la loable intención difusora y pedagógica del excepcional personaje en cuya vida se trazó íntimamente una vocación de poder, caminando hacia él con paso firme, pero con un sentido de grandeza y de sublimidad.

¿Cómo no decir, después de haber leído a Morales Gil, que la férrea personalidad presente en Rómulo Betancourt —en su tiempo, tan discutido y discutible, tan polémico y en veces aparentemente contradictorio, en ciertos matices de sus actos— fue el resultado de una permanente lucha existencial para hacer de sí mismo una figura idealizada que debía llegar, sin saber cuando, a estadios superiores de la proyección humanística? Porque, realmente, encarnó una imagen y figura sin antecedentes, les comunicó

fisonomía propia y las encauzó conforme a un diseño existencial enmarcado en la identidad con el medio y consigo mismo, a los fines de no fallar en la conjugación entre pensamiento y acción. Y a eso hay que llamarlo realización a plenitud, pero no en términos alambicados sino mostrándose, desde un principio y en línea recta, como un torrente capaz de generar dinámica propia,

Como autodidacta, empapó sus lecturas de profundas meditaciones y fue a la cantera de los clásicos, con vehemencia escrutadora, en búsqueda de la verdad y del bien —en su caso, del bien social, de la felicidad colectiva—, para revelarnos una estupenda y fascinante sincronía vital. Sobre el ideal montó toda una gama intrincada de proyecciones, sin dejarse aprisionar por la duda irreverente o el desvelo infecundo. Llegó hasta el sacrificio de la comodidad, y, muy posiblemente, se inspiró en Goethe para cumplir la meta de su sentido vital y el objeto esencial de su obra, aliándose con el tiempo y atándose de por vida a un estado pulcro de conciencia y de responsabilidad con la misión ética que hizo de su conducta un valor incorporado a la colectividad que supo orientar. Su equilibrio intelectual y los beneficios de su educación así lograda, constituyeron imponderable acervo histórico que en mucho ayuda —y ayudará sin límite de tiempo— a la comprensión didáctica de sus prédicas como factor coadyuvante en la formación del recurso humano nacional destinado a la conducción del país en las etapas venideras.

La constante conjunción vital entre el pensamiento y la acción creadora de Rómulo Betancourt habla en mucho de su reciedumbre espiritual y de esa fortaleza de ánimo que siempre demostró como manifestación inequívoca de su manera de ser. Sus más exigentes exégetas así lo han reconocido, coincidiendo en la apreciación de que una inquebrantable voluntad sirvió de piso firme a los otros factores humanos que dieron lugar a la síntesis de su personalidad.

Si fuese dable hablar de una estrategia y de una táctica en el orden de las disciplinas sociales, a las cuales Betancourt dedicó su existencia, pudiéramos decir que fue autor de su propia y genuina

antología del arte de luchar hasta conseguir el triunfo y la consolidación de sus ideales.

El testimonio que nos trae Eduardo Morales Gil se afirmará en cimera posición entre los intentos de identificarse con la nación, mediante sus prohombres nacidos, crecidos y formados con estela imborrable. Allí apreciamos, en la secuencia vital de Rómulo, la característica que, en forma constante, domina su producción política: la imperturbable decisión de alentar, sistemáticamente, el movimiento de renovación institucional, aún en las décadas de los años 20 y 30 y en un medio adverso y refractario. Característica que sobresale en 1946, cuando los designios del pueblo cobraron aliento y realidad y la expresión de soberanía integral y efectiva convirtió, por primera vez en la historia política de Venezuela, la voluntad comicial en poder legítimo y constitucional para que la tríada de pensamiento, organización y revolución hiciera posible la realización del desiderátum de centurias: la participación del pueblo en la más alta expresión de civismo convertida en fuente de poder. Esa realidad, ahora recogida por la historia mediante sus frutos, exigió de Rómulo Betancourt la puesta en función de todas sus aptitudes y de sus inmensas capacidades, al verse retado como se vio por la resaca irredenta convertida en serio obstáculo para llevar adelante el propósito de cambio. Los afinamientos de su intuición política, los conocimientos adquiridos en el complejo campo de la teoría ideológica y la experiencia como conductor de masas le armaron el gran escudo gracias al cual pudo burlar los golpes intentados y rendir cuentas solventes en relación con el paso decisivo del 18 de octubre de 1945. Así resultó airoso de ese nudo gordiano que puso a prueba la real entidad de sus convicciones democráticas. Las circunstancias lo habían llevado a caminar por el filo de la navaja e insertándose en su dilatado mundo interior respondió al destino histórico entregándole al pueblo la justificación de sus acciones. Triunfó por intuitivo. Triunfó por decidido. Triunfó por capaz y resuelto a triunfar.

Aquello fue la compensación de su insistencia, de la claridad de sus metas, de su rapidez de imaginación, de la persistencia de su acción

constructiva, de la fecundidad de su identificación con sus propios pensamientos, del mantenimiento de su verticalidad aún en medio de cuestionamientos puestos a funcionar por los enemigos de su empeño en no dejarse arrollar por los agentes de los sustituidos en el ejercicio del poder. Le enseñó a Venezuela cómo hacer para acertar en la edificación de sus mejores destinos.

En Rómulo Betancourt se dio, con la desconcertante infrecuencia del prototipo humano, un caso excepcional de reafirmación ascendente, y debemos agradecer a Eduardo Morales Gil que, con su acuciosidad escrutadora, nos facilitara el contenido de esta obra ajustada al proceso formativo del líder por excelencia de nuestra consolidada democracia. En sus páginas está latente la fuerza que animó el mundo interior del historiografiado hasta conducirlo al alcance de su perfecta identidad; se percibe su mejor atributo y se aprende por qué pasó a la historia como un valor integral, con nombradía que no se opaca por efectos del tiempo. A quienes lean esta obra pedagógica de Eduardo Morales Gil no les extrañará —si fue que antes les ocurrió— que Rómulo Betancourt ganara como ganó la ardorosa batalla de su propiedad onomástica, porque en múltiples testimonios tendrán a mano pruebas fehacientes de que jamás llegó a negarse ni a impedir su ascendente realización espiritual, llenando con los dictados de su pensamiento el vacío natural en momentos de mengua o la dubitación en medio de la crisis, para crecerse en sí mismo, hasta alcanzar su extraordinaria dimensión.

No se improvisa un nombre. No se erige una fama ni se alcanza una nombradía de buenas a primeras. Es un proceso histórico, una secuela humana y un acontecer en el tiempo. Es la identidad bíblica de cada quien en su lugar, como dijera Pérez Morales, citando a Doufour: “el nombre lejos de ser una designación convencional expresa el papel de ser en el universo”.

El caso de Rómulo Betancourt trascendió las fronteras de lo simplemente mágico. No pudo tanto el imán de la leyenda o del mito erigido en las expresiones culturales del momento histórico, como la

proyección de su nombre y de su obra en la dinámica de la sociedad que él tuvo como argamasa entre sus manos, para luchar por ella, para sacrificar sus vivencias y para encontrarle salida expansiva al desarrollo. Allí radica esa fuerza aglutinadora de su descollante personalidad.

Su nombre y su persona no son una simple síntesis de ficción o destino político; van más allá y trascienden en la perennidad. Un hombre se hace trascendente cuando se inserta en lo hondo del alma popular y entre los más destacados e indiscutibles méritos de Betancourt figura su condición de ídolo del pueblo.

La obra de Morales Gil nos pone en la ruta de la retrospección y establece una suerte de corrientes de simpatías con el ayer no lejano que nos convierte en coautores del discurrir histórico manejado con inteligente precisión. Las imágenes, concatenadas con perceptible viveza, reproducen en la mente los efectos sensibles de un acontecer que se hizo indeleble, y nos absorben como cosa propia. Hay concordancia entre el autor y el historiografiado.

Rómulo Betancourt llenó un doble espacio a lo largo de toda su fecunda existencia: sin duda fue dramático el acontecer, tanto en lo político como en lo social, porque entre sus disciplinas, fuertemente atado a la cuestión ideológica y al requerimiento ético, Betancourt estableció en su tiempo, como un adelantado de la Historia, el cultivo de las ciencias sociales, como forma y método científico de encauzar la sociedad contemporánea, y, cosa excepcional, habiendo sido su vida un drama permanente de luchas en medio de una urdimbre singular y desconcertante de episodios, en la toma de conciencia de un destino y un camino, no terminó como la mayoría de los grandes hombres (agotado en la agonía de una tragedia) sino que concluyó su ciclo vital en medio de una indiscutida aceptación general, que da fe de su triunfo sobre todas las circunstancias adversas que se le volvieron pasajeras.

Puede decirse, con objetividad histórica, que Rómulo Betancourt fue el producto de la comprensión de su pueblo; la reacción lógica de

una sociedad de masas que antes se sintió maltratada y lastimada por caudillos personalistas de avasallante poder de mando pero con profundo desprecio por la condición del pueblo. Con gran fuerza persuasiva, nuestro líder afrontó la realidad circundante, se introdujo, como estudioso de la sociología política, en los vericuetos de la sociedad tribal, parroquial y personalista de la época, entendiendo que el personalismo era el lastre cultural por antonomasia y que mientras no se diseñara una programación social integral para cambiar los estamentos, nada se ganaría. Por eso tomó el camino de la revolución, defendiendo lo que consideró indispensable incorporar como incremento de un acontecer sobresaturado de mediatizaciones. La cristalización de su obra social marchó pareja al ascenso del pueblo y según las pautas de su avanzado pensamiento.

Lo por él denominado “batallar histórico” se integró por el sentimiento de solidaridad que supo despertar, a los fines de levantar muros de contención a las influencias nefastas de las élites enquistadas entre los factores de poder. La seguridad en sí mismo lo salvó de caer en componendas dañinas a lo que se propuso impulsar por el bien colectivo. Fue un intransigente de su propia identidad.

La sensibilidad de Rómulo Betancourt constituye inagotable cantera de enseñanzas. Vale la pena transcribir aquí lo dicho por él ante el Primer Congreso Campesino de Venezuela, en mayo de 1959:

“Durante los largos años del exilio, me mantuve volcado sobre los libros y las estadísticas, que indicaban cómo se empobrecía progresivamente nuestro pueblo. Supe en el exilio cómo el ingreso, por familia y por mes, de la mayoría de los campesinos de mi país, era de 63 bolívares. Pero las estadísticas son frías. Los guarismos no son nunca una expresión cabal de la realidad. Y la expresión cabal de la realidad se me metió por los ojos y me llenó el espíritu, no de compasión sino de cólera, cuando recorrí, en los días de la campaña electoral, los caminos de Venezuela y ví esa sucesión inmensa de ranchos destartados, interrumpida

apenas por unas pocas casas de tejas y bahareques y de hombres y mujeres y niños malcubiertos de andrajos; de millares de caritas macilentas, de muchachos con los vientres inflados por los parásitos intestinales”.

La misma sensibilidad que lo llevó siempre a situar en el primer lugar de las prioridades nacionales al sector de los trabajadores, a la clase obrera, como solía decir y escribir, hasta el punto de que, como se testimonia en este libro, con la misma fuerza de pensamiento de avanzada con que pedía, en sus años de juventud, a sus compañeros de generación y de propósitos que incluyeran a los dirigentes obreros en cuantos pasos se planificaran para llevar adelante el triunfo de las ideas que defendían, en los años posteriores de la acción y del ejercicio gubernamental, su identificación con la causa de la gente de trabajo le armó de los mejores aliados para combatir la injusticia social y la falta de humanidad en perjuicio de los desasistidos de la suerte.

El Betancourt que desde joven vislumbró la fuerza comunicante de las organizaciones sindicales para su proyecto político nutrido con las masas, fue indeclinablemente el estadista que se ocupó de superar los prejuicios sociales opuestos a la incorporación de los dirigentes obreros a los cuadros direccionales del país. Por lo mismo, se ganó entre nosotros el primer lugar como amigo de los trabajadores organizados y acumuló los méritos de precursor y militante efectivo de la mancomunidad democrática surtida con la alianza de clases como columna vertebral del desarrollo partidista.

Cuanto vislumbró en relación con la fuerza contribuyente de los trabajadores organizados con finalidad político-social, encuentra parangón con sus ideas sobre la necesaria figuración de la mujer en las luchas por transformar humanizadamente la sociedad.

A este respecto, Morales Gil nos ilustra con el testimonio histórico de un pensamiento betancouriano que debe calificarse de avanzada, toda vez que rechaza la antipática discriminación de la mujer y la estúpida clasificación en perjuicio de su condición de ser humano

dotado de las más envidiables virtudes para impulsar las transformaciones justicieras de la sociedad.

El adelantado que fue Rómulo Betancourt en materia de lucha social nutrida con la presencia pujante de la clase obrera hermanada a todos los dotados de sensibilidad para trabajar por el bien común, encontró correspondencia en su inclinación a favor del trato igualitario para la mujer, en quien desde joven intuyó que tendríamos la aliada insustituible que hoy día es en el mantenimiento de los esfuerzos por deslastrar la humanidad de la pesada carga prejuiciosa constitutiva aún de un vergonzoso legado de los siglos.

Entre las dos clases de hombres que la moral social distancia y diferencia —“hombres y villanos”—, Rómulo Betancourt, para bien de su gente y de su pueblo, repudió a los villanos y se colocó, irrevocablemente, entre los hombres de bien. ¡Albricias!. Queda el escritor Eduardo Morales Gil en el uso de la palabra.

David Morales Bello

Octubre de 1987

INDICE

	Pág.
DEDICATORIA.....	5
AGRADECIMIENTO	7
PROLOGO/David Morales Bello	9
INTRODUCCION.....	27
CAPITULO I: El sentido de la realidad en el proyecto político del joven Betancourt	35
Notas Bibliográficas y Documentales.....	47
CAPITULO II: El joven Betancourt y la corrupción administrativa.....	49
Notas Bibliográficas y Documentales.....	61
CAPITULO III: El joven Betancourt y la Revolución Rusa	63
1. La caída de los zares y el ascenso bolchevique.....	65
2. La Tercera Internacional	71
Notas Bibliográficas y Documentales.....	79
CAPITULO IV: El joven Betancourt y la reforma universita- ria de Córdoba	81
Notas Bibliográficas y Documentales.....	93

	Pág.
CAPITULO V: La organización política y sindical en el proyecto político del joven Betancourt	95
1. El anticaudillismo	97
2. La organización política	103
3. La organización sindical	106
Notas Bibliográficas y Documentales	111
CAPITULO VI: El joven Betancourt y la Revolución Mexicana	115
1. Los antecedentes y la etapa maderista	118
2. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones ...	130
Notas Bibliográficas y Documentales	147
CAPITULO VII: El joven Betancourt y la Primera Guerra Mundial	151
1. La situación pre-bélica	153
2. El conflicto bélico y sus consecuencias	155
Notas Bibliográficas y Documentales	167
CAPITULO VIII: El joven Betancourt frente al Fascismo ..	169
1. Benito Mussolini	171
2. Surgimiento del Fascismo	172
3. Ascenso del Fascismo al poder. Principales característi- cas	175
4. Declive y caída del Fascismo	181
5. La posición de Betancourt frente al Fascismo	185
Notas Bibliográficas y Documentales	193
CAPITULO IX: El joven Betancourt frente al Nazismo ...	195
1. Antecedentes histórico-ideológicos del Nazismo	198
2. Surgimiento del nacional-socialismo	200
3. El Nazismo en el poder	203
4. El Estado terrorista y asesino	208
5. Expansión y derrota del Tercer Reich	210
6. La posición de Betancourt frente al nacional-socialismo	218
Notas Bibliográficas y Documentales	245

	Pág.
CAPITULO X: El rol de la mujer en el proyecto político del joven Betancourt	249
Notas Bibliográficas y Documentales.....	265
CONSIDERACIONES FINALES	269

EL AUTOR y SU OBRA



Eduardo Morales Gil pertenece al reducido círculo de venezolanos que se han consagrado al ejercicio de la actividad política sin descuidar su formación teórica, robusteciendo su perfil académico y profesional.

Es pedagogo, graduado en el I.P.C., en la especialidad de Historia y Geografía; politólogo, con magister en Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar. Especialista en Seguridad y Defensa, egresado del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, como alumno del curso N° XI. Actualmente cursa estudios de doctorado

en Ciencias Políticas en la UCV. Ha publicado varios ensayos, entre los cuales destacan: "¿Participación política versus Seguridad y Defensa Nacional?", "Los mecanismos de participación en el sistema venezolano de partidos", "Democracia y participación política" y "Un joven llamado Rómulo Betancourt". Fue profesor de la cátedra "Historia General de la Civilización" en el Pedagógico de Caracas y del seminario "Evolución de las ideas pedagógicas" en el Colegio Universitario de Carúpano.

En el campo político se ha desempeñado como Secretario Juvenil de Acción Democrática en Güiria, su pueblo natal, secretario juvenil seccional adjunto en el Edo. Nueva Esparta, miembro del buró juvenil de Caracas, responsable de la fracción del Pedagógico de Caracas, donde fue candidato a Secretario General de la FECEIP, delegado al Concejo Académico y Presidente del Centro de Estudiantes de Geografía e Historia; miembro del Buró de Educación de Caracas, miembro del Buró Nacional de Educación, Secretario General Seccional de Carúpano, delegado al CDN por esta Seccional y Secretario Político del Comité Político Nacional de A.D., desde 1981. En el anterior y en el presente periodo constitucional, diputado al Congreso por el Edo. Sucre. Es Vicepresidente de la Comisión Permanente de Educación y Cultura de la Cámara de Diputados y recientemente fue designado Secretario Ejecutivo del Comando Operativo de Campaña de Carlos Andrés Pérez.

El libro que hoy nos entrega, constituye un valioso aporte para el estudio del surgimiento y la evolución de las ideas políticas de Rómulo Betancourt, durante su primer exilio (1928-1935).

Ediciones CENTAURO se complace en presentar esta obra como una valiosa ampliación de la bibliografía del ilustre ex Presidente de la República.

Caracas, febrero de 1988